

El estreno de "LA SILFIDE" en el Teatro Colón

LUIS ANGEL TORRES

"Una energía limitada se traduce en violencia. La energía suprema se demuestra en la levedad."

CHESTERTON

A ciento cuarenta y dos años de su estreno en la Opera de Paris, *La sífide*, ballet de Filippo Taglioni, fue presentado en el Teatro Colón con la participación especial de las estrellas del Palais Garnier, en la versión recreada por Pierre Lacotte, tras una paciente y meticuloso trabajo de investigación. Una gran expectativa había suscitado este espectáculo que venía precedido de excelentes referencias. El trabajo del mencionado coreógrafo, de un gusto y un refinamiento exquisitos, es fiel al estilo de la obra original y es un verdadero documento histórico.

María Taglioni al encarnar *La sífide*, —heroína desencarnada— marcó toda una época. Su genio inspiró a poetas y coreógrafos. La gloria del ballet romántico se debe a esta excepcional unidad. "Marie pleine de graces" expresó una nueva visión del universo, y su imagen influyó profundamente la danza hasta nuestros días. Taglioni materializó idealmente lo inmaterial.

El ballet romántico fue esencialmente, bajo una forma palpable, directa, sugestiva, la expresión espontánea e inconsciente de una metafísica espiritualista. María Taglioni danzó lo que había pensado Kant, lo que había cantado Novalis, y lo que había imaginado Hoffman. Su triunfo fue clamoroso.

Théophile Gautier entusiasmado escribe: "La Taglioni es uno de los más grandes poetas de la época. Su genio es comparable a Lamartine y a Byron." La síntesis de fuerza y levedad le permitió la proeza insólita de bailar sobre la punta de los pies. Su modo de bailar coincidía con los dictados de la moda literaria que exigía personajes irreales y etéreos. Con el ballet *La sífide*, que es el precursor inmediato de *Giselle* se inicia en 1832 la era de oro del ballet. Las dos obras nacieron de la misma fantasmagoría lunar. Es más, abundan analogías técnicas y musicales. *La sífide*, que fue la gran obra de arte del ballet francés, nos introduce en la gran escuela romántica, donde se encuentran pintores como Delacroix, poetas como Víctor Hugo, Alfred de Musset y músicos como Berlioz. La danza, expresión del alma humana, es el arte por excelencia donde los aportes personales se funden en una obra común.

Después de haber actuado juntas en el Grand pas de quatre de Pagni, que Jules Perrot creó en 1845, Carlota Grisi le dirige una carta que testimonia su deferencia: "Querida Taglioni, estoy muy reconocida por la amabilidad que ha tenido en escribirme. No tengo

Pág. siguiente: grabados del siglo XIX representando a los bailarines María Taglioni y Mazillier en *La sífide*.

Ghislaine Thesmar y Michel Denard en *La sífide*.





necesidad de asegurarle que usted es la única persona del mundo junto a la cual yo puedo aceptar un segundo rol, y lo hice sin dudar cuando la demanda me fue hecha..." y la otra Grisi, la cantante Julia, escribe estas líneas emocionadas sobre el álbum de La sílfide: "En vano se contarán sus triunfos a las generaciones futuras, pobres desdichados. Quienes no la hayan visto danzar no podrán creer ni a los poetas ni a los periódicos. ¿Cómo imaginar una mariposa del cielo?..."

Naturalmente era imposible que esta sílfide, que "taglionizó" a todos los públicos del mundo, quedara en el olvido. En 1946, Pierre Lacotte tuvo ocasión de juzgar una versión abreviada que lo conmovió profundamente. Era interpretada por el Ballet de los Campos Eliseos, confiada a Victor Gsovsky e interpretada por la inolvidable Nina Vyroubova y Roland Petit. Esta creación de La sílfide le valió a Nina Vyroubova su consagración internacional y le abrió las puertas de la Opera de París, que la contrató como étoile para reemplazar nada menos que a Yvette Chauviré. Este hecho insólito, reservado solamente a los elegidos, acaba de repetirse con Ghislaine Thesmar, pues es bien sabido que toda bailarina que no haya realizado todos los estudios en este célebre teatro, no puede aspirar a ese gran honor.

En el Teatro Colón hemos conocido la versión integral en dos actos y dos cuadros, como acaba de representarse en París. La música es de Jean-Marie Schneitzhoeffer a excepción del pas de trois del primer acto extractado del ballet L'ombre de Maurer, los decorados son de Pierre Ciceri y el vestuario de Eugene Lami, ambos de una gran belleza.

La concepción coreográfica del Pierre Lacotte es digna de todo elogio. No sólo ha logrado el clima requerido, sino que también evidencia haber tenido en cuenta las sugerencias de su profesora Madame Egorova, que recibió en San Petersburgo clases de Christian Johanssen, que fue partenaire de María Taglioni. El pas de trois del primer acto, y todo el segundo, son una verdadera obra maestra. Tal vez el hecho de haber tenido a Ghislaine Thesmar como inspiración sea la razón del magnífico resultado que ha logrado.

El cuerpo de baile, consciente de su responsabilidad, a pesar de abordar un estilo poco frecuentado, de enorme dificultad, y ensayar al mismo tiempo obras de corte moderno, ha realizado una meritoria labor de cohesión y disciplina. Este progreso, es un deber reconocerlo, es obra también del maestro de baile argentino Héctor Zaraspe que se encuentra nuevamente entre nosotros. Del elenco brilló con luz propia Alicia Quadri como Effie, personaje rotundamente logrado, lleno de ternura y expresión. Fue justamente ovacionada por su sinceridad y su danza siempre en línea ascendente.

Cabe destacar que han sabido hacerse acreedores a la oportunidad que se les brindaba las jóvenes promesas Daniel Escobar, de salto poderoso, Cristina Delmagro y Silvia Bazilis, en quienes se aprecia un constante deseo de superación. Como la cruel bruja Madga, Esmeralda Agogliá puso de manifiesto una vez más su reconocida autoridad escénica. Es aquí solamente que me permito hacer un reparo a Pierre Lacotte por el enfoque que ha dado a este personaje. Concibo a Madga como un

rol mimado exclusivamente, según mi criterio debería ser menos bailado. De esta manera se conseguiría un efecto más siniestro y misterioso.

Ghislaine Thesmar, ha sido favorecida con una rara sensibilidad artística. Además, tiene el supremo privilegio de no parecerse ni recordar a ninguna otra bailarina. Hay —para deleite y fervor de los verdaderos balletómanos— en la danza de Ghislaine Thesmar, algo que supera la belleza y la técnica: ese no sé qué divino, que sólo poseen los grandes artistas. Sumerge su personalidad en el papel y esta humildad la transfigura. El perfume de la danza dieciochesca, la la mesura, la austeridad, la ternura, y la inspiración extraterrenal nace en cada uno de sus pasos. No es necesario detallar o subrayar tal o cual variación, la sublimación romántica de esta nueva Sílfide está más allá de la visión. En su marcha alada, inmaterial, en el aura misteriosa de sus apariciones evoca todo un mundo poético y extinto. ¡Qué decir de sus adagios, o del equilibrio inverosímil de sus arabescos, de sus changement des pieds battus o de sus pas de chat brissés! Es increíble que en esta época de total decadencia, uno pueda ser testigo de esta personalidad luminosa, donde la pureza del estilo se integra con la pureza del sentimiento.

En las dos primeras funciones Michael Denard fue un James de lujo. Distinguido con el Premio Nijinski por su creación de El pájaro de fuego de Maurice Béjart, es sin duda por su aristocrática prestancia y formidable metier uno de los danseurs nobles mejor dotados de la generación.

Es artista invitado para todas las temporadas que el American Ballet Theatre realiza en Nueva York. Con Ghislaine Thesmar forma una pareja ideal. Alicia Alonso escogió a Thesmar para interpretar a María Taglioni, cuando montó su versión del Grand pas de quatre en la Opera. George Balanchine distinguió esta pareja al elegirlos para estrenar sus ballets en la Opera de París. Evadidos por completo de la técnica y del esfuerzo físico contemplamos la danza en toda su pureza. La crítica común carece de sentido cuando se trata de una perfección tal que exige palabras de poeta.

Michael Denard, obligado a partir a París por compromisos impostergables, fue reemplazado por Jean Pierre Franchetti en las últimas cuatro representaciones. Hijo de bailarines, Franchetti es l'étoile masculino más joven de la Opera. Tiene una gran elevación y una batería asombrosa. Su James, totalmente diferente al de Denard, de una sobria intuición, es más impulsivo y vehemente, pero igualmente válido. Fueron despedidos, entre ovaciones interminables, flores y frenéticos aplausos.

Francia puede estar orgullosa de su nueva generación de bailarines, que nos han brindado la revelación de La sílfide. Un espectáculo inigualable, de conmovedora belleza. Gracias a Pierre Lacotte, el romanticismo forma teatral ilustre, conoce un nuevo período de prestigio y de gloria.

El reino que instauró María Taglioni, y que desapareció con ella fue reconquistado por Nina Vyroubova, y ahora encuentra una digna sucesora en Ghislaine Thesmar que ha vuelto a imponer este estilo, hecho de precisión, de equilibrio y de gracia aérea.